

Jorge Luis Borges

Algunos pareceres de Nietzsche

Siempre la gloria es una simplificación y a veces una perversión de la realidad; no hay hombre célebre a quien no lo calumnie un poco su gloria. Para América y para España, Arturo Schopenhauer es primordialmente el autor de *El amor, las mujeres y la muerte*: rapsodia fabricada con fragmentos sensacionales por un editor levantino. De Friedrich Nietzsche, discípulo rebelde de Schopenhauer, ya observó Bernard Shaw (*Major Barbara*, Londres, 1905) que era la víctima mundial de la frase "bestia rubia" y que todos atribuían su renombre y limitaban su obra a un evangelio para matones. A pesar de los años transcurridos, la observación de Shaw no ha perdido en validez, si bien hay que admitir que Nietzsche ha consentido y tal vez ha cortejado ese equívoco. En sus años finales aspiró a la dignidad de profeta y sabía que ese ministerio es incompatible con un estilo razonable o explícito. El más famoso (no el mejor) de sus libros es un "pastiche" judeo-alemán, un "prophetic book" más artificial y harto menos apasionado que los de Blake. Paralelamente a la compasión de su intencional obra pública, Nietzsche apuntaba en otros cuadernos los razonamientos capaces de justificar esa obra. Esos razonamientos (y toda suerte de meditaciones afines) han sido organizados y editados por Alfred Bacumler y componen dos tomos de cuatrocientas y quinientas páginas cada uno. La obra general se titula —algo torpemente— *La inocencia del devenir* y ha sido publicada en 1931 por Alfred Kroner, "En los libros publicados", escribe el editor: "Nietzsche habla siempre ante un adversario, siempre con reticencias; en ellos predomina el primer plano, como lo ha declarado el mismo autor. En cambio, su obra inédita (que abarca de 1870 a 1888) registra el fondo de su pensamiento, y por eso no es obra



secundaria, sino obra capital.”

Este fragmento —el 1072 del primer volumen— es un testimonio patético de su soledad: “¿Qué hago al borro-
near estas páginas? Velar por mi vejez; registrar para el
tiempo, cuando el alma no puede emprender nada nuevo,
la historia de sus aventuras y de sus viajes de mar. Lo
mismo que me reservo la música para la edad en que esté
ciego.”

Es común identificar a Nietzsche con las intolerancias
y agresiones del racismo y elevarlo (o denigrarlo) a
precursor de esa pedantería sangrienta; veamos lo que
Nietzsche —buen europeo, al fin— pensaba hacia 1880 de
tales problemas. “En Francia —anota— el nacionalismo ha
pervertido el carácter, en Alemania el espíritu y el gusto:
para soportar una gran derrota —en verdad, una definiti-
va— hay que ser más joven y más sano que el vencedor.”

La reserva final no debe impulsarnos a creer que las
victorias de 1871 lo regocijaban con exceso. El fragmen-
to de 1180 del segundo volumen declara: “Para entusias-
marnos por el principio, “Alemania, Alemania encima de
todo”, o por el imperio alemán, no somos lo bastante
estúpidos”; poco antes observa: “Alemania, Alemania
encima de todo”, es quizá el lema más insensato que se
ha propalado jamás. ¿Por qué Alemania —pregunto yo—
si no quiere, si no representa, si no significa algo de más
valor que lo representado por otras potencias anteriores?
En sí, es sólo un gran Estado más, una bobería más en la
historia”.

El antisemitismo lo mueve a las siguientes observacio-
nes: Encontrar un judío es un beneficio sobre todo cuan-
do se vive entre alemanes. Los judíos son un antídoto
contra el nacionalismo, esa última enfermedad de la ra-
zón europea... En la insegura Europa son quizá la raza



más fuerte: superan a todo el “occidente de Europa por la
duración de su proceso evolutivo. Su organización pre-
supone un devenir más rico, un número mayor de etapas
que el de los otros pueblos... Como cualquier otro
organismo, una raza sólo puede crecer o perecer: el
estancamiento es imposible. Una raza que no ha pere-
cido, es una raza que ha crecido incesantemente. La
duración de su existencia indica la altura de su evolu-
ción: la raza más antigua debe ser también la más alta.
En la Europa contemporánea los judíos han alcanzado la
forma suprema de la espiritualidad: la bufonada genial.

“Con Offenbach, con Enrique Heine, la potencia de la
cultura europea ha sido superada: las otras razas no
tienen la posibilidad de ser ingeniosas de esa manera...
En Europa son los judíos la raza más antigua y más pura.
Por eso la belleza de la mujer judía es la más alta.”

Examinando con alguna imparcialidad, el párrafo ante-
rior es muy vulnerable. Su propósito es refutar (o
molestar) al nacionalismo alemán; su forma es una afir-
mación y una hipérbole del nacionalismo judío. Este na-
cionalismo es el más exorbitante de todos; pues la im-
posibilidad de invocar un país, un orden, una bandera, le
impone un cesarismo intelectual que suele rebasar la
verdad. El nazi niega la participación del judío en la
cultura de Alemania; el judío con injusticia igual, finge
que la cultura de Alemania es cultura judía. Por lo

demás, el pensamiento de Nietzsche debe haber sido más imparcial que sus afirmaciones; sospecho que se dirigía, "in mente", a alemanes incrédulos e indignables.

En otro lugar escribe proféticamente: "Los alemanes creen que la fuerza debe manifestarse por el rigor y por la crueldad. Les cuesta creer que puede haber fuerza en la serenidad y en la quietud. Creen que Beethoven es más fuerte que Goethe; en eso se equivocan."

Este fragmento —el 1168— no carece tal vez de actualidad y aun de futuridad: "Todos los verdaderos germanos emigraron; la Alemania actual es un puesto avanzado de los eslavos y prepara el camino para la rusificación de la Europa." Inútil agregar que esa doctrina puede congrega escasos prosélitos en la Alemania de hoy. El país está regido por germanistas que preconizan la anexión de ciertos vecinos porque son de raza germánica y de ciertos otros vecinos porque son de raza inferior. Esos peligrosos etnólogos afirman un predominio germánico en Escandinavia, en Inglaterra, en los Países Bajos, en Francia, en Lombardía y en Norteamérica: hipótesis que no les prohíbe atribuir a Alemania la exclusiva representación de esa ubicua raza.

En otro lugar dice Nietzsche: "Bismarck es un eslavo. Basta mirar las caras de los alemanes, emigraron todos los que tenían sangre varonil, generosa: la lamentable población que no se movió; el pueblo de alma servil se mejoró después con alguna adición de sangre extranjera, principalmente eslava. La mejor sangre de Alemania es la sangre aldeana: por ejemplo, Lutero, Niebuhr, Bismarck."

Movilizar contra Alemania el párrafo que acabo de trasladar sería una ligereza y una injusticia. Una de las capacidades geniales del intelectual alemán —no sé si del

francés— es la de no ser accesible a las supersticiones del patriotismo. En trance de ser injusto, prefiere serlo con su propio país. Nietzsche —no nos dejemos desviar por su nombre polaco— era muy alemán. Una de las amonestaciones que hemos leído nos exhorta a no confundir la mera violencia y la fuerza: así no hubiera tenido presente esa distinción.

En el fragmento 1139, Nietzsche condena con plenitud la obra de Lutero; en el fragmento 501 escribe, sin embargo: "El hombre hace que un acto sea meritorio, pero es imposible que un acto dé méritos a un hombre." También es imposible formular con menos palabras la doctrina que opuso Martín Lutero a la doctrina de la salvación por las obras.

En aquel ruidoso y casi perfectamente olvidado volumen "Degeneración" —que tan buenos servicios prestó como antología de los escritores que el autor quería denigrar— Max Nordau vio en el carácter fragmentario las obras de Nietzsche una demostración de su incapacidad para componer. A ese motivo (que no es lícito excluir y que no es importante) podemos agregar otro: la vertiginosa riqueza mental de Nietzsche. Riqueza tanto más sorprendente si recordamos que en su casi totalidad versa sobre aquella materia en que los hombres se han mostrado más pobres y menos inventivos: la ética.

Excepto Samuel Butler ningún autor del siglo XIX es tan contemporáneo nuestro como Friedrich Nietzsche. Muy poco ha envejecido en su obra salvo, quizás, esa veneración humanista por la antigüedad clásica que Bernard Shaw fue el primero en vituperar. También cierta lucidez en el corazón mismo de las polémicas, cierta delicadeza de la invectiva, que nuestra época parece haber olvidado.